

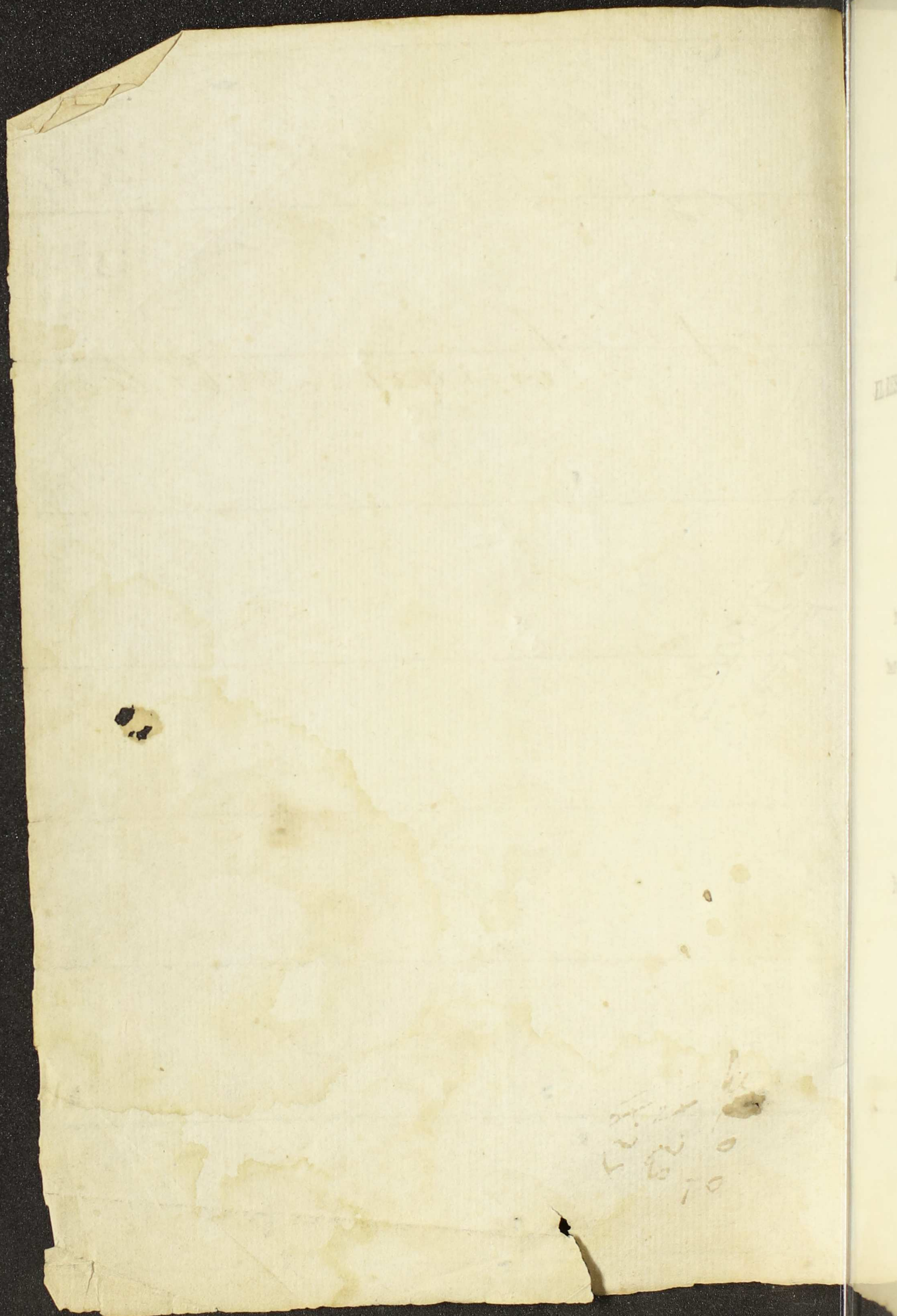
Sociedad Literaria de
Caldas — número 25

Sr. Simon Arboleda

7.44
2
144.40

1854

14.50
17.50
32.00



SERMON
de
ACCION DE GRACIAS
por
EL RESTABLECIMIENTO DE LA PAZ
en la
REPUBLICA

PREDICADO EN LA IGLESIA DE
SAN FRANCISCO DE ESTA CIUDAD
EL 18 DE DICIEMBRE

de
1854

POR EL DR. FELIPE SANTIAGO LÓPEZ.



POPAYAN: 1855.

Imprenta de Hurtado por
ANTONIO FIGUEROA.

ESTADON

56

ACION DE GRACIAS

por

EL RESTABLECIMIENTO DE LA PAZ

DE LA

REPUBLICA

TRINIDAD Y LA ISLA DE

SAN FRANCISCO DE ESTA CIUDAD

EL 13 DE NOVIEMBRE

56

1851

Por el Dr. THOMAS BARTHOLOMEW



ESTADOS UNIDOS

Departamento de Justicia

ESTADO DE TEXAS

Hoy tenemos el gusto de ofrecer al público el sermón de acción de gracias pronunciado por el Dr. Felipe Santiago López en la solemnidad del 18 de diciembre, con motivo del restablecimiento de la paz en la República, por el triunfo de las armas constitucionales. Las buenas ideas que esta obra contiene; la manera lógica i concluyente con que en ella se demuestra con razones filosóficas i con la autoridad de los libros Santos cual es la causa de nuestros males, i, sobre todo, la convicción de que la lectura de este escrito puede ser útil a una gran parte de nuestros conciudadanos, nos movió desde luego, a pedir al autor que nos permitiera publicarlo. Notamos luego el mismo deseo en muchas otras personas, i entónces, de tal modo redoblamos nuestras instancias, que al fin, conseguimos vencer la resistencia del modesto predicador.

No dudamos que este escrito hallará censores: ¿como no los ha de hallar si choca de frente los vicios de la época i las pasiones que los fomentan? Por lo mismo creemos de nuestro deber adelantarnos a hacer dos advertencias que hemos oído de boca del autor con ocasion de habersele notado por algunos que este sermón fué demasiado largo para su objeto, que se extendió mucho en puntos morales, i que no elojó bastante a los defensores de la Constitución ni recomendó sus méritos para con la patria.

Diremos, pues, en primer lugar, que el predicador debió aprovechar la ocasion (que no es fácil se le vuelva a presentar) de tener un auditorio selecto i numeroso, compuesto en gran parte de hombres i de jóvenes influyentes en nuestra sociedad, para demostrar que la causa i el remedio de los males que nos han aflijido i continúan afligiéndonos son absolutamente morales: i, cómo podría no ser largo un discurso que abraza tan vastísima materia? El Predicador hizo pues, lo que debió hacer i lo que convenia a las circunstancias.

Además (aunque así no fuera) la Cátedra sagrada se hizo para predicar las verdades evangélicas oportuna e inoportunamente, según el precepto de San Pablo, i por tanto, un predicador no está fuera de su objeto sinó cuando habla de asuntos profanos o que de cualquiera otra manera sean extraños al púlpito.

De aquí se puede inferir que, en nuestro concepto, las demas censuras son absolutamente injustas. Las disposiciones de la Iglesia, mil veces repetidas por los Concilios i por los Santos Padres, prohíben absolutamente que se traten en el púlpito asuntos personales ni profanos, i como dice el Abate Morel reasumiendo estas doctrinas: "el Sacerdote debe predicar las verdades i las virtudes cristianas sin acepcion de personas i no teniendo en mira sino a Dios". El Dr. López hizo cuanto le era permitido hacer para recomendar el mérito de nuestras tropas, demostrando la justicia de nuestra causa i haciendo ver que la mano de Dios las ha dirijido visiblemente en toda la campaña hasta otogarles el triunfo.

Popayan, 11 de enero de 1855.

Juan Manuel María de Rada i Mosquera—
Juan N. Velazco—Froilan Largacha—Julian Trujillo—
Sergio Arboleda—Saturnino Ordóñez—Manuel Maria
Luna—Eladio Vergara.



Et factus est in pace locus ejus, et habitatio ejus in Sion. Ibi confregit potentias arcuum, scutum, gladium et bellum.

I está hecho su asiento en la paz, i su morada en Sion. Allí quebró las saetas del arco, el escudo, la espada i la guerra.

SALMO 75, vv. 3 i 4.

ILUSTRISIMO SEÑOR.

¿Por qué se ofrece hoy en este santo templo la Víctima Inocente del Calvario con mas demostraciones de júbilo, i contento que otras veces? ¿Por qué el humo misterioso que diariamente se eleva allí ante el Dios de las misericordias, dá hoy mas agradable perfume que el comun de los dias? ¿Por qué, en fin, este recinto augusto, ordinariamente triste, silencioso i desierto, abriga hoy en su seno tan escogido concurso de devotos i festivos semblantes? El Dios inmutable que adoramos no es hoy mas grande que ayer, ni su misericordia i bondad infinitas mayores ahora que ántes. ¿De donde, pues, estas demostraciones que no haceis todos los dias? Por ventura teneis algo nuevo que ofrecer en la Divina presencia, o habeis adquirido algun mérito ante ella, o es, en fin, que habeis concebido la quimérica esperanza de escapar al poder de su justicia, i venis a su santa morada a desafiar su omnipotencia i a hacer burla de su misericordia?... ¡Ah! no, no, perdonad, carísimos hermanos, la lijereza i severidad de mis suposiciones. Vuestra devota, compostura dá respuesta cumplida a mis preguntas. La guerra ha desaparecido de nuestra patria; el Señor ha puesto su asiento en medio de nosotros; la paz se ha restablecido, i vosotros venis a prosternaros agradecidos ante Aquel que hace de ella su asiento sempiterno: *in pace locus ejus*. Venis al templo santo, venis a Sion a rendir en ella humildes homenajes al Rei de Reyes i de Reinos.

que ha fijado aquí su morada: *et habitatio ejus in Sion*. Vosotros quereis gozar para siempre del bien inestimable de la paz, i venis a Sion, porque es allí donde el Señor quiebra las flechas de nuestros enemigos, rompe sus escudos i extingue la guerra: *ibi confregit potentias arcuum, scutum, gladium et bellum*. Yo aplaudo, señores, tan santas intenciones i uno a las vuestras las efusiones de mi corazon. Dios se ha dignado saludarnos con la paz como en otro tiempo al hijo menor de la casa de Ezri; (1) imitemos, pues, a tan preclaro varon: levantemos un altar al Dios de Israel en el lugar manchado con las adoraciones de Baal, i ofrezcámosle allí un sacrificio de expiacion. Reconozcamos la justicia del castigo que hemos merecido; rindamos de todo corazon accion de gracias a la Mano misericordiosa que nos salva, i de una vez para siempre fijémosnos en Sion, i hagamos allí nuestros tabernáculos: he aquí brevemente indicados los puntos de mi discurso: 1.º El mal de la guerra, castigo del Señor. 2.º El bien de la paz, misericordia suya. 3.º La fé i la penitencia, únicos medios de conservar esta i precavernos de aquella.

Yo me extenderé algun tanto sobre estos puntos, porque quiero aprovechar esta ocasion oportuna para hacer ver cuales son las verdaderas causas de las desgracias de nuestra patria, i cuales los únicos medios de remediarlas.

¡Oh! tú, Maria, arca de la alianza i esperanza nuestra! recibe propicia nuestras súplicas i homenajes; dignate presentarlos ante el trono del Señor, i alcánzame de allí un destello de la Divina gracia, que dé vida i poder a mis palabras. Escúchame, Señora; yo imploro tu favor en union de este devoto auditorio, saludándote con las palabras del Mensajero celestial. AVE, MARIA.

(1) Lib. de los Jueces. Cap. 6.

PRIMERA PARTE.

Et factus est in pace locus ejus.

Cuando el profeta Gad, por orden del Altísimo, exigió del Rei David que eligiese castigo entre la peste, el hambre i la guerra, David no vaciló: "mejor me estará, dijo, caer bajo el poder del Dios misericordioso, que ser entregado a manos de los hombres" (2). El mal de la guerra es, pues, obra de los hombres. En efecto, hermanos míos, el Señor, que tiene su asiento en la paz, debe retirarse de los pueblos en guerra. La guerra es, por tanto, una especie de pena de daño, un abandono que hace Dios de la sociedad, una consignación del hombre a sí mismo, esto es, al poder de sus pasiones. Así, la guerra, como privación del mayor de los bienes que es Dios, es el resumen de todos los males físicos i morales que se pueden experimentar sobre la tierra.

Yo querria empezar haciéndoos aquí una enumeración de todos los daños económicos que la guerra causa, por la pérdida del tiempo, por la suspensión del comercio i de la industria, por el aumento de las contribuciones, por el deterioro i ruina de los grandes capitales i por el consumo de las pequeñas acumulaciones del pobre; pero no acabaría nunca si hubiera de extenderme a semejantes pormenores que, por fortuna, no son necesarios cuando abundan tantas tristes escenas en la guerra desde que principia la formación de un ejército. Yo no os diré lo que entonces pasa en las ciudades: vosotros lo sabeis. Vamos a los campos i mirad lo que sucede en la triste cabaña. Allí un anciano infeliz, un padre desgraciado es repentinamente privado del báculo de su vejez: el hijo honrado i laborioso que le sustentaba sale maniatado en medio de soldados, para ir a morir en clima extraño, lejos de su hogar i víctima de

(2) Lib. 2.º de los Reyes. Cap. 24.

la guerra. Una débil mujer, cargadas sus espaldas con el fruto de lejítimo amor, sigue de léjos al apresado esposo, i las lágrimas que corren por sus mejillas dejan su huella humedecida. Un grupo de inocentes criaturas queda allí al lado del anciano; ellas piden pan i el viejo llora. No son estas escenas invenciones de mi imaginacion ni únicas en su especie: todos los campos de la República las ofrecen frecuentemente, i no ha mucho que se han presentado a nuestros ojos en el contorno de esta ciudad civilizada. Entónces hemos visto a los ministros de la guerra recorrer los campos i caminos extendiendo la alarma hasta las últimas chozas del distrito: los pacíficos labradores huir de sus hogares i refugiarse en los bosques dejando abandonadas sus labores i familias: los bueyes quietos i uncidos al arado, secarse allí de sed: los huertos cultivados perderse cubiertos de maleza, i los rebaños, sin pastor, vagar dispersos a merced de los hombres de mala voluntad. Escenas semejantes veríais si, desde una altura, observaseis la marcha de alguno de nuestros ejércitos. El terror se extiende delante i a sus lados, i su huella es de ruina i desolacion: los cadáveres insepultos que deja por donde pasa, ejercitan luego la piedad de nuestros buenos aldeanos, quienes con una pila de piedras i una tosca cruz de leño colocadas sobre las sepulturas que excavan, acreditan el ardor de su caridad i la sencillez de su fé.

Pero ¿a qué fin extenderme describiendoos hechos lastimosos que os son ya familiares? Traed si quereis a la memoria todas las calamidades imaginables i yo os aseguro de antemano que hacen parte de los males de la guerra. ¿El hambre? Ah! el hambre con todos sus horrores es su compañera inseparable. ¿La peste? Pues la peste con su corte fatal de lágrimas i luto la sigue mui de cerca. ¿La inundacion, el incendio? ¿Pluguiera al Cielo que el furor de las bélicas venganzas nos hiciera oír ménos frecuentemen-

te los tristes ayes de las víctimas sacrificadas por el agua i por el fuego! Las tormentas, terremotos i explosiones? Faltaba, sí, al completo de las tétricas escenas de la guerra el brillo deslumbrante del relámpago i el horrible estampido del trueno matador; faltaba que la tierra conmovida nos espantase a su turno con erupciones i temblores; faltaba, en fin, al universal concierto de desdichas, que el bramido del mar i sus encrespadas ondas prestáran su contingente a la obra de destrucción; pero el hombre, siempre ingenioso para el mal, ha sabido completar este cúmulo de calamidades físicas, empleando para imitarlas i suplirlas, los mas preciosos elementos que concede el Cielo al fomento de la industria i al progreso de la civilización. El carbon, el nitro i el azufre, el fósforo, el hierro, los metales preciosos i aun el agua misma, han cedido dóciles al espíritu destructor de los hijos de Adán, a fin de comprobar que ningún mal físico falta cuando retira Dios su asiento de en medio de nosotros.

Sin embargo, si estos fueran solos los daños de la guerra, bien poco importarian; porque al fin, ¿a qué se reducen? A muerte i destrucción, que es el término cierto de todas las cosas humanas: todo ello no es sino un ciprés mas en el vasto cementerio de la tierra, una lágrima agregada al mar inmenso que forma el llanto de los mortales en este valle de miserias. Todo ello, lo repito, es nada comparado con el *mal moral* que la guerra ocasiona. ¡Ai, Dios mio! Cuántas jóvenes no han sacrificado en los altares de Baal, porque les faltó el apoyo del padre, del hermano, del esposo que la guerra empujó al abismo de la eternidad? Cuántos niños no van a perderse, o se han perdido ya, en el laberinto de este mundo, porque carecen de los ejemplos i consejos con que pudieran guiarlos i favorecerlos tantos padres virtuosos muertos en los campos de batalla? Qué de crímenes impunidos, qué de delitos premiados, merced a las revuel-

tas de la guerra, no han alentado i aun alientan nuevos crímenes i delitos nuevos! Toda la miseria que la guerra causa, la ociosidad que fomenta, las industrias que mata, qué de vicios no enjendran, cuánto no perjudican a la conciencia pública, i cuánto no dañan las costumbres? *I la fé i la caridad* ¿sufren acaso poco con los tristes ejemplos de la guerra? Vosotros, carísimos hermanos, ancianos respetables, que conocisteis nuestra sociedad en el último siglo, dad testimonio de la verdad; a vosotros apelo: decid a los jóvenes de nuestro tiempo si las guerras que se han sucedido en nuestra patria como las olas de un mar borrascoso, han influido o no en daño de las costumbres i de las ideas.

¿I quién responderá al Dios de toda justicia por los males i horrores de la guerra? Quién...? Un rumor se levanta desde el seno de este auditorio i llega a mis oídos. Parece que algunos de mis oyentes los atribuyen al hombre a quien detestan en su corazón, o a la elase que aborrecen o que envidian ¡Qué! Ni aun aquí olvidareis vuestras pasiones? Oh ceguedad! Tamañas desgracias no vienen de un hombre solo, ni de una clase de la sociedad: nadie es poderoso para hacer el mal de un pueblo que ama la moral, que ama la virtud, porque con él está Dios. La depravacion de las ideas, la corrupcion de las costumbres, el olvido de Dios i de su santa lei, he aquí la verdadera causa del mal que deploramos. ¡Ai ciertamente de aquel que sirva de instrumento a las venganzas divinas para dar movimiento a la inmunda piscina de los vicios sociales. Infeliz! pues le espera la suerte de Holoférnes o de Antioco; pero, ¡ai tambien de los hijos de Judá que se prestan a ser agentes del instrumento del Señor! Dios, justicia infinita, castiga en los pueblos los pecados de los reyes i de los gobiernos, porque estos no hacen el mal sino cuando dejan de sentir el freno de la conciencia pública; cuando cuentan con el apoyo de un pueblo

corrompido. En el curso ordinario de las cosas, Dios castiga al individuo criminal por medio de la sociedad, oprimiéndole bajo el peso de la sancion moral i por la fuerza de la lei civil: mas, cuando la sociedad se corrompe, olvidando uno o muchos de los preceptos de la lei santa, Dios, segun la enérgica expresion de Jeremias (3), le dá ajenos por alimento, i agua de hiel por bebida; entónces como que reasume el derecho de castigarla i la castiga en efecto, bien por un medio ruidoso i terrible rompiendo las cataratas del Cielo, o lloviendo fuego sobre la inicua Sodoma, o bien dejando obrar de una manera ordinaria las leyes con que su adorable Providencia rije i gobierna el Universo. Mas entre todos los castigos, la guerra es el que prefiere su mano misericordiosa.

Hablando a un pueblo católico yo debería probar esta verdad con solo abrir los libros santos i leer algunos de sus pasajes. Allí yo os haria ver que el Señor no quiso exterminar las naciones que rodeaban a Israel, por tenerlas siempre prontas a castigar por medio de la guerra las rebeldias de su pueblo (4). En el Exodo veriais estas palabras del Señor: "Si anduviereis en oposicion a mí i no me quisiereis oir, yo tambien andaré contra vosotros i os castigaré con siete plagas por vuestros pecados: *caerá cada uno sobre sus hermanos*, i ninguno osará resistir" (5). Yo os mostraria la ciudad de Sichem nadando en sangre por el desenfreno de su príncipe (6); la familia de Jacob vagar huyendo de la guerra de los Sichimitas, en castigo de su negra venganza (7); la tribu de Benjamin casi aniquilada en la guerra, porque osó imitar los crímenes nefandos de Sodoma (8): yo os presentaria al pueblo de Israel siete i mas veces castigado con la guerra, durante la época de los Jueces, por haber-

(3) Jerem. Cap. 3. (4) Lib. de los Jueces. (5) Exod. Cap. 9. (6) Lib. de los Juec. Cap. 20. (7) Gen. Cap. 34. (8) Lib. de los Juec. Cap. 19 i 20.

se separado otras tantas del sendero de la virtud (9). Abriendo el libro de los Reyes, veriais la guerra de los Filisteos como castigo de las desobediencias de Saul (10); los pecados de David castigados igualmente con la rebelion de su propio hijo (11); i los desórdenes del reinado de Salomon castigados con la division del Reino i las guerras que fueron su consecuencia (12). Todo esto i mucho mas os diria; pero ya las lecciones de los libros santos se miran con desden. Autoridad no es razon: este es el lenguaje de nuestros dias. Yo con mejores fundamentos pudiera decir que la razon corrompida no es autoridad; pero quiero acomodarme a la época, i para hacer aceptable la verdad relijiosa, darla revestida con el lenguaje de la razon profana.

Son tales las leyes de la Divina Providencia, que dejándolas obrar segun su órden comun i natural, todo vicio social trae de cerca la guerra, asi como se encuentra siempre al lado de la víbora la yerba que le sirve de antídoto. En una palabra, no puede violarse jeneralmente un precepto del decálogo sin que la guerra se produzca como consecuencia necesaria. Considerad un pueblo que olvide este mandamiento: "*no hurtarás.*" Si en tal estado ninguno tendria seguridad de poseer su bien sino miéntras fuese fuerte para defenderlo, ¿no comprendéis que *la guerra* de todos contra todos seria la infalible consecuencia? Borrád si quereis, en suposicion, el 4.^o mandamiento, i vereis la enemistad surjir entre los hermanos, i los odios i *la guerra* destruir la familia. Que se mienta i se calumnie libremente; no habrá testimonio humano, no habrá verdad: odios i rencillas brotarán de semejante situacion, i he allí *la guerra*. Entréguese la humanidad a esos excesos asquerosos que yo no podré nombrar en este lugar santo, i en-

(9) Lib. de los Juec. (10) Lib. 1.^o de los Rey. (11) Lib. 2.^o de los Rey. Cap. 15. (12) Lib. 3.^o de los Rey.

tónces el materialismo se levanta con todos los vicios de su estúpida ralea: ya no hai afectos del corazon, ni virtud, ni patriotismo, ni honor; solo hai vil interes, pasiones brutales, odios, rencores,—*guerra*. ¿I qué sucede Señores cuando se olvida el amor debido a nuestro Criador i los preceptos de su santo culto? Aflójanse entónces todos los resortes de la moral; la sociedad cae en marasmo, los vicios la infiltran, por decirlo así, i todos ellos la conducen a un mismo fin,—la *guerra*.

Ahora bien, nos admirarémos de la que Dios nos ha enviado en los pasados dias? ¿Me preguntareis cuál es el vicio que la ha traído, cuál el precepto que se ha violado? No me lo preguntareis, no; porque ¿cuál es el vicio en que no haya incurrido nuestra sociedad, cuál el precepto que no se haya violado i conculcado con escándalo, con estrepitoso escándalo? La calumnia ha paseado triunfante cien veces el ámbito de la República, en inmundos libelos que la inmoralidad ha leído con ansia, cebándose en el mal de la ajena reputacion. El furor de la envidia i de la venganza ha devorado los corazones; a su influjo la propiedad ha desaparecido, el hermano ha muerto al hermano, el padre al hijo, el hijo al padre, i la muerte ha extendido donde quiera su negro i pavoroso manto. La guerra viene, pues, para que se cumpla la amenaza del Señor: *"de la sangre del hombre pediré cuenta al hombre, i a las bestias de la tierra, i a las aves del cielo; i la sangre de aquel que derramare la de su hermano, derramada será, porque a imájen de Dios es hecho el hombre"* (13). No *hurteras*, dice el decálogo, i se predicán doctrinas comunistas, que traen por consecuencia el desenfreno de las masas, el robo i el despojo: *no hurtarás*, i se sancionan leyes inmorales que autorizan la usura, el ajio i la usurpacion; i en una socie-

(13) Gen. Cap. 9,

dad que se precia de católica, se aceptan derechos inmorales, i se especula consignando en el erario los capitales con que se sostenían el culto i la beneficencia pública. Pues bien, la guerra, fruto de la miseria, viene a castigar esas ganancias usurarias; viene para que en las quiebras i pérdidas industriales que ella ocasiona, se pierdan i se ahoguen esos capitales formados de la ajena sustancia. I el 4.º precepto ¿qué se ha hecho? Por parte de los majistrados, olvido de los respetos debidos a la lei; por parte de los particulares, desprecio del respeto que deben a los majistrados; i por parte de muchos, la indiferencia i el egoismo: el egoismo, el mas pernicioso de los crímenes sociales, porque no está sujeto a castigo civil, i talvez ni a remordimientos: por esto la guerra viene sobre los egoistas como los ratones sobre el ejército de Senaquerib, miéntras se hallan sumidos en lo mas profundo del sueño (14). Prohibidos están hasta los pensamientos contra la pureza, i aquí, en una República católica, lejisladores que se llaman católicos, dictan leyes que autorizan el público amancebamiento; las sancionan i promulgan autoridades católicas, i las aplauden en fin, ciudadanos católicos. Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma i sobre todas las cosas: tal es el precepto del Señor, i se desprecian sus leyes, i se ataca la Iglesia, i se persiguen sus ministros, i se usurpan sus rentas, i se la despoja de sus capitales, i se promueve el cisma!

Os admirareis ahora de la guerra? Admirémonos de que Dios, alterando las leyes de la naturaleza, suspendiendo aun las de su propia justicia, por un milagro de su misericordia, nos permita gozar algunos instantes de paz. El bien de la paz, misericordia suya; objeto de mi segunda parte.

(14) Lib. de Judid Cap. 14.

SEGUNDA PARTE.

Et habitatio ejus in Sion.

¿Cuál es esta Sion dichosa que el Señor ha escogido para morada de su grandeza i para poner en ella su asiento misterioso de la *paz*? Este lugar santo, esta sociedad afortunada es Señores, la Iglesia de Jesucristo; es la reunion de los justos en que estamos llamados a contarnos. David, hablando como Profeta de Dios, exclamaba, en nombre de Jesus: "he sido establecido Rei en Sion para predicar el precepto del Señor (15); i Jesucristo lo concretaba en estas palabras: *amaos unos a otros* (16), *esto es, vivid en paz*. Así como la guerra es la ausencia de Dios i por tanto, el resúmen de todos los males, así tambien la paz, como recuperacion de aquel bien imponderable, es el conjunto de todos los bienes; es habitar la casa del Señor; es, en cierto modo, participar de las dichas de la Jerusalem celestial. He aquí porque, cuando apareció en el mundo el Esperado de las naciones, queriendo los ángeles contraponer alguna felicidad de la tierra a los deleites inexplicables de la Santa morada, entonaron aquel cántico solemne de: "gloria a Dios en la altura de los Cielos i *paz* en la tierra a los hombres de buena voluntad" (17); i porque tambien, los mensajeros que el Cielo se ha dignado algunas veces enviar a los mortales, han saludado en todas ocasiones con estas misteriosas i sencillas, pero elocuentes palabras: *Pax tecum*, la paz sea contigo, *Pax vovis*, la paz sea con vosotros [18]. Mas para qué entreteneros? Si todos los vicios conducen a la guerra, como os lo he demostrado, el goce de una paz perfecta no puede ser sino consecuencia de la práctica fiel de todas las virtudes; en una palabra, la verdadera Sion, el perfecto cristia-

(15) Salm. 2. (16) S. Juan. C. 17. (17) S. Luc. C. 2.

(18) Gen. C. 43 i Lib. de los Juec. C. 6.

nismo; porque el cristianismo es la paz del hombre consigo mismo, i la paz del hombre con sus semejantes.

Desgraciadamente no hai sobre la tierra una sociedad política de verdaderos cristianos; si la hubiera, yo la mencionaría aquí como ejemplo práctico de las verdades que acabo de enunciar; sin embargo tomaré del mundo en su actualidad una prueba de la exactitud de mis aserciones.

Remontad, Señores, los siglos, seguid el encañamiento de los sucesos humanos i decidme: ¿qué era el mundo ántes del cristianismo, sino un inmenso campo de batalla compuesto de naciones enemigas, que hacian alternativamente los papeles de sacrificadoras i de víctimas, de tribus bárbaras, siempre prontas a destruirse i siempre destruyéndose? Ahora bien; desde cuándo empezaron los pueblos a reconocerse hermanos? desde cuándo, ha sido posible entre ellos el goce de la paz internacional que hoi se disfruta? Desde cuándo, sino desde que el Redentor, regando las semillas de su celestial doctrina, destruyó las bárbaras leyes de la guerra antigua i obligó a los gobiernos a respetar los derechos de las naciones? Sí Señores, lo diré de paso, la civilizacion cristiana, i solo la civilizacion cristiana, ha podido tener el suficiente poder para sujetar las naciones, aun las mas fuertes, al yugo de la moral en sus relaciones con los demas pueblos. En nuestro siglo las guerras internacionales se ven solo de cuando en cuando, porque solo de cuando en cuando se atreve algun gobierno a echar sobre sí la infamia de una violacion de los preceptos morales. La paz, pues, es una consecuencia de la práctica fiel de las santas máximas del Evangelio, compendiadas por el mismo Salvador en estas breves palabras: "*mi paz os dejo, mi paz os doi* [19]. Ahora bien hermanos míos, si la paz es un premio a las

(19) S. Juan. C. 14. v. 17.

virtudes del cristianismo, ¿de dónde puede venirnos a nosotros la dicha que empezamos a gozar?

Retirados ya los fúnebres cuadros que hemos tenido a nuestra vista; alzados los cadáveres que el acero i el plomo dejaron tendidos en los campos, i en las calles i plazas de nuestras ciudades; i vueltas de pronto, la seguridad al ciudadano, la confianza al comercio, el movimiento a la industria i la tranquilidad a las familias, se ofrecen por todas partes a nuestra imaginacion las mas bellas i deliciosas escenas. Al rudo estampido del cañon sucede ya el leve golpe del martillo: no elaboran nuestras fraguas los instrumentos de muerte que otros dias, sino que donde quiera les pide sus trabajos la quieta i vivificante agricultura: el rústico morador de nuestros campos, la sonriza en los labios i el gozo en el corazon, sale de su retiro, acaricia sus bueyes, lleva presuroso las manos al arado, i le alienta la esperanza de partir con su familia el fruto de sus afanes: aquí, la amante i fiel consorte, prepara los vestidos i atavios, con que se propone salir al encuentro del denodado esposo, que regresa triunfante del campo de batalla, a disfrutar tranquilo las domésticas dichas. Allá, inocentes criaturas saltando de contento, cercan i estrechan con amorosas caricias al padre, tio o hermano que vuelve a ver su hogar, satisfecho de haber cumplido los deberes que la religion i la patria le impusieran: mas léjos el trémulo anciano, virtiendo lágrimas de gozo, oprime entre sus brazos al hijo que viene, robustecido con las fatigas de la guerra, a ofrecerle respetuoso la guirnalda de flores alcanzada en premio de su valor. Me parece, Señores, que asisto en estos dias al hermoso espectáculo que frecuentemente presenciarnos en las tardes sofocantes del octubre, cuando, despues de hórrida tormenta, al suave impulso de leve ventolina, se despeja el azulado firmamento, luce el sol, trinan las aves i el frondo-

so ramaje de los árboles se mueve mansa i delectosamente. Al contemplar tan súbita mudanza, un sentimiento de gratitud parte del fondo del corazón i se eleva hasta el trono del Señor. En tales momentos, ¿piensa alguno acaso que en las tardes siguientes será talvez testigo de tormentas iguales i aun peores? ¡Ah! Los elementos han recobrado su equilibrio, pero quedan los mismos que ántes eran. Así, Señores, la mano misericordiosa del Altísimo ha suspendido por ahora el rayo que nos amenazaba; mas, nosotros hemos variado acaso? ¿Por ventura, hermanos míos, los que seguiais las torcidas sendas del mal, habeis vuelto al recto camino de la virtud? ¿El envidioso ha renunciado ya a su orgullosa pasión? ¿El vengativo ha depuesto sus rencores i se ha reconciliado con su hermano? ¿Ha curado el calumniante la injusta herida que hizo en la ajena reputación? ¿El usurero ha satisfecho los perjuicios que causó al prójimo con su mezquino amor al interés? I en punto a la pureza i a la fé ¿habeis abjurado ya las viejas costumbres i renegado esas ideas contrarias al dogma i a las doctrinas de la Iglesia? Si nada de esto ha sucedido, si sois los mismos que ántes erais ¿de dónde a nosotros tanta dicha? Dejadme, pues, que yo clame una i mil veces, alabando i ponderando las misericordias del Señor; porque, os he demostrado que la guerra nos vino en castigo de nuestros pecados, i en tanto que no los lavemos con lágrimas de penitencia, en tanto que no mejoremos de costumbres, en tanto que no dejemos de merecer el azote, toda suspension de este es un efecto de pura misericordia.

¡Tú, Señor, que por amor a diez justos hubieras salvado las ciudades de Pentápolis (20); Tú, que, por consideraciones a tu siervo Moises, perdonaste tantas veces al pueblo de Israel (21); Tú, Señor,

(20) Gen. C. 18 i 19. (21) Lib. de los Juec.

has acogido benigno las súplicas de algunas almas justas que, en medio de la corrupcion de nuestro siglo, hacen todavia el ornato del pueblo granadino, i solo por ellas nos has concedido la paz, que, segun el órden natural, solo puede gozarse obedeciendo los Evanjélicos preceptos.

Pero, yo penetro el pensamiento de algunos de mis oyentes.—Sí, bien sé yo, Señores, que hai muchos pueblos no católicos que gozan del beneficio de la paz; mas tambien sé, que Dios premia en este mundo, con prosperidades temporales, las virtudes que pueden tener los malos por perversos que sean (22); i sé, ademas, que en punto a moralidad de costumbres, esos pueblos nos dán ejemplos que debieran avergonzarnos. Adoremos los decretos soberanos i reconozcamos agradecidos, que mas quiere el Señor la misericordia que el sacrificio, i que cuando usa del azote, es para hacer brillar mas la grandeza de su amor.

Cuando en una de aquellas casas penitenciarias, que la civilizacion cristiana ha sabido inspirar, se quiere corregir a un reo de enormes delitos i convertirlo en ciudadano honrado, se le deja, en ciertos momentos de soledad i de quietud, entregado a sus propias meditaciones: allí, por la comparacion de la pena que sufre con el bien que podria disfrutar, cobra aborrecimiento al mal i amor a la virtud. He aquí lo que la bondad de Dios hace frecuentemente con la sociedad criminal que quiere corregir i salvar: en pos de la guerra con todas sus desdichas, envía momentos de sosiego en que el pueblo pueda comparar lo dulce de la paz con lo amargo de la guerra. La historia santa está llena de las pruebas de esta verdad, o mas bien, toda ella no es sino una série de prevaricaciones i arrepentimientos por parte de Israel, i de castigos i misericordias por parte del Señor. Si, hermanos mios, el Señor no nos abandona

(22) Sn. Agtn. L. Civt. Dei.

nunca del todo, ni aun en medio de la ira que provocan nuestras maldades: *corripuens vero in adversis populum suum non derelinquit* (23).

Vosotros lo habeis visto: decid, como testigos presenciales de los últimos sucesos, si segun todos los cálculos i juicios humanos, el desenlace i término de la guerra debió ser cual se vió. Un cuerpo ha vivido privado de su cabeza: un pueblo sin gobierno se ha gobernado a sí mismo: los ciudadanos, en toda la extension de la República, siguen, como por instinto, un solo plan sin acuerdo ni convenio previo, i triunfan por todas partes sin traiciones i sin crímenes. Decid, aquí, en esta ciudad, en esta provincia, ¿quién esperaba paz despues del 16 de mayo? Pero los pueblos de una vez se levantan, se arman, marchan, lidian i triunfan sin que un jefe comun los encabece: aun en los pasos de mas trascendencia, hasta el último soldado obra sin pedir órdenes, i obra como convenia que obrase: las medidas mismas del enemigo, aun las mas acertadas en su apariencia, se convierten en su daño, i los desaciertos de los otros se tornan en su provecho. Mas, ¿para qué hablaros de todo esto si vosotros visteis cuan desesperada fué en lo humano la suerte de esta provincia; si visteis como en cuatro dias se hizo la obra de la redencion; si visteis el modo milagroso con que ochenta hombres triunfaron en Sanjulian sobre el enemigo invasor, como en otro tiempo Gedeon sobre el ejército de Madian? Ah! ¿es todo esto natural? *Déxtera Domini fecit virtutem* [24]. Yo ví, Señores, al devoto pueblo ofrecer en Belen el Santo sacrificio en rogativa, i el mismo día terminarse la lid sin sangre i con honor. Yo ví a las piadosas mujeres promover en esta Capital una solenne rogacion, i el día mismo que empezaba la ciudad de Cali fué entregada sin combate. La noticia de la desiciva batalla de las Cru-

(23) Machab. L. 2. C. 6. v. 16. (24) Salmo. 117.

ces se retarda, para llegar a esta ciudad el día en que se celebraba la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, *patrona de América*; i el gozo del espléndido triunfo obtenido en la Capital, viene a solemnizar el término del Octavario. ¿No es notable esto cuando hoy la Iglesia se prepara a declarar como dogma de fé este misterio, i es esta la época para la cual está pronosticada la paz universal por un Ilustre i Santo Varón? ¿I no es tambien notable que el día en que entraron triunfantes a la Capital de la República dos ilustres hijos de esta ciudad, acaudillando al ejército vencedor, haya sido el mismo en que aquí se celebraba, con mas solemnidad que otros años, la fiesta de la patrona de esta diócesis, la gloriosa virgen i mártir Santa Bárbara? . . . Ah! *Dignus Dei est hic* (24): aquí obra la mano del Señor. Pretendan enhorabuena, uno o muchos hombres llevarse la gloria de estos hechos, atribúyanlos a causas naturales próximas o remotas, digan que son debidos a la fuerza de la opinion, i ocurran, si quieren, a la vana casualidad para adorarla: tal es la ceguedad del hombre, que por no reconocer los beneficios del Cielo i humillar ánte El su frente presuntuosa, se forja Dióses vanos a quienes atribuirlos para rendirles idolátrico culto. Así en siglos remotos el pueblo de Israel tributaba a un becerro los honores Divinos, al tiempo mismo que la gloria i majestad del Señor tronaban en el Sinaí (25). Sed ingratos; sí, sedlo, si quereis; mas no olvidéis que despues de la guerra de Codorlaomor hubo paz en Sodoma (26), pero que esta paz precedió al último golpe de la ira del Señor. Sed ingratos, mas temed que Dios retire de vuestro lado los justos que os defienden:—temed que salga Lot de la ciudad perversa (27).

(24) Exod. C. 8. v. 19. (25) Exod. C. 19. (26) Gen. C. 14.
(27) Gen. C. 19.

Pero no... no, hermanos míos... no; aun hai en esta tierra virtud i relijion: venid, pues, alegrémonos en el Señor, i regocijémonos en su misericordia exclamando con David "*plena est terra misericordiæ Domini* (28): llena está la tierra de la misericordia del Señor; porque desde el Cielo volvió sus ojos hácia acá i vió a los hijos de los hombres; i desde su Santa morada miró sobre los que habitamos la Tierra. Ea! hermanos míos, cantemos alabanzas al Dios de las bondades como Moises despues del paso del mar Rojo "*Cantemus Domino: gloriosé enim magnificatus est* (29): Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido: ofrezcámosle, sobre todo el sacrificio de nuestro orgullo i el de un corazon contrito i humillado; que la fé i la penitencia son los únicos medios de conservar la paz i precavernos de la guerra, como lo vereis en la tercera parte.

TERCERA PARTE.

Ibi confregit potentias arcuum, scutum, gladium et bellum.

¿Conoceis, Señores, la puerta misteriosa que nos dá paso a esa feliz morada, en que el Señor inutiliza las armas de nuestros enemigos, i les hace imposible la defensa? Todos nosotros hemos pisado sus místicos umbrales, i mediante la protextacion solemne de la fé católica, hemos sido contados en el número de los dichosos moradores de Sion. La fé: esta es la puerta del Señor, por la cual entrarán los justos: *hæc porta Domini, justi intrabunt in eam* (30). Así como la fé nos dió lugar en la sociedad fiel, así tambien los apóstatas e impios son excluidos i arrojados de ella: *vos autem expellit foras* (31). La fé es, pues, el único medio de gozar de la paz de Sion, de la inefable dicha de la paz interior i de la paz

(28) Salm. 32. (29) Exod. C. 15. (30) Salm. 117.

(31) S. Luc. C. 12. v. 28.

con los demas hombres. Tal es la virtud de la fé, que sobre ella se levanta el edificio de todas las demas virtudes cristianas, i sobre ella recaen todos los demas dones especiales del Señor. Abrid, si no, los libros Santos i vereis como Jesus exige de Pedro una declaracion expontánea de su fé, ántes de preguntarle si le ama, para confiarle las llaves de su Reino. Pero no basta creer débilmente; es preciso creer de veras i a todo momento, si no queremos hundirnos en el mar proceloso de este mundo, siempre agitado por las pasiones, i exponernos como el mismo Pedro a la reconvencion del Salvador: *hombre de poca fé, por qué dudaste?* [32] Esta fé sin vacilaciones, ciega i resuelta, es la que puede hacernos poderosos sobre nosotros mismos, iluminar la oscuridad de nuestra débil intelijencia, i servirnos de guia en el laberinto de este mundo; pues así como solo una luz socegada, puede alumbrar los caminos materiales sin exponernos a tropiezos ni caidas, así tambien, solo una fé firme i segura puede marcar con sus dogmas, delante de nuestros pasos, todos los senderos que pudieran llevarnos al precipicio de las pasiones; i en este sentido, la fé nos hace salvos: *fides tua te salvum fecit* (33).

Mas si del individuo pasamos a la sociedad, hallarémos que en esta, la fé realiza, por un órden natural i expontáneo, las metafóricas expresiones del Salvador: si tuvierais tanta fé como un grano de mostaza, los collados obedientes a vuestra voz se arrancarían de sus quisios para arrojarse en el mar (34). ¿Quién no conoce todo lo que puede el hombre mediante la *union* con sus semejantes? Esta civilizacion de nuestro siglo, que nos sorprende i admira, ¿qué otra cosa es sino el resultado de la *union* de los hombres para aplicar su fuerza colectiva al per-

(32) S. Mat. C. 14. v. 31. (33) S. Marc. C. 10. v. 52.

(34) S. Mat. C. 17. v. 19.

feccionamiento social? Pues bien: no hai idea, no hai principio, no hai lazo, que establezca mas estrecha *union* entre los hombres que la profesion de la fé católica, fé de igualdad i de fraternidad; i nada que como ella, tenga la ventaja de unirlos solo para el bien; i de dejarlos abandonados cuando intentan el mal. Por esto, una sociedad que cree, es grande i poderosa; porque la fé dá la union i la union dá la fuerza. Un pueblo semejante podría emprender todo lo bueno; la naturaleza cedería dócil a sus esfuerzos; en una palabra, los collados, se moverian obedientes al imperio de su voz, i ante él todo enemigo seria débil, sin flechas i sin escudos. "Pero vuestras maldades, dice el Señor por Jeremias, impiden estas cosas, i vuestros pecados apartan el bien de vosotros; porque hallado se han en mi pueblo impios que ponen lazos i asechanzas a los hombres como cazadores a las aves" (35). Sí, Señores, en nuestra Patria hemos visto levantarse políticos superficiales, que, pretendiendo empujarla por la via del progreso i de la libertad, convirtiendo en sistema la impiedad, han socavado imprudentes, el único firme apoyo de la sociedad, i el único capaz de sostener la civilizacion de nuestro siglo, como tambien única simiente que pudo producirla: *la fé católica*. A tan ancha i tan estable base social, han sustituido los vanos principios de una filosofia materialista i atea! i en el delirio de sus pasiones, desde la negacion de la verdad, desde la cumbre de la incredulidad, nos muestran i prometen un inmenso panorama de quimeras que llaman felicidad social. Asi en otro tiempo el Anjel de las tinieblas mostraba al Redentor los imperios del Orbe i le decia: todo esto te daré si postrándote me adoras (36). Estos filósofos de nuestro siglo, vanos i presuntuosos, como lo es siempre la ignorancia, des-

(35) Jerem. C. 5. v. 25. i 26: (36) S. Mat. C. 4.

pues de enseñar a los pueblos a renegar de Dios, i apostatar de la fé de 60 siglos, les exigen que pongan la esperanza en ellos, que tengan fé en sus orgullosos desvarios, i amor a sus principios disociadores: ¡ciegos que no ven la luz del sol de justicia," sabios fueron por hacer el mal pero incapaces serán de hacer el bien! [37] las pasiones de un pueblo desenfrenado, derribando luego sobre ellos el edificio social, dan merecida respuesta a sus locuras, i escarmiento a su orgullo. Escrito está que al Señor tu Dios adorarás i a él solo servirás (38). En vano pues, se pretenderá hallar fé política donde no hai fé religiosa. Si se enseña al pueblo a dudar de Dios ¿cómo se podrá conseguir que crea en el hombre? *perit fides et ablata est de ore eorum* (39).

La sociedad no está ménos interesada que el individuo en la conservacion de la fé; porque todo delito viene de debilidad en esta, i la fé rechaza el pecado; *timor Domini expellit peccatum* (40). Quien de veras cree ¿cómo será capaz de afrontar las penas que amenazan al pecador? Si creis ¿cómo os atreveréis a desobedecer las leyes civiles, sabiendo que el Salvador para cumplir las tiránicas órdenes del César, busca en Bethlem un establo para empezar su vida mortal? ¿Cómo defraudareis las rentas públicas si Jesucristo hace un milagro para pagar al César un tributo, que por cierto, no tenia obligacion de satisfacer? Si creyeráis ¿cómo os dejaríais llevar de ambiciosos proyectos cuando Jesus, el heredero de la casa de David i lejítimo Rei de Judá, se oculta entre las turbas para impedir que le levanten el trono? I vosotros hermanos, que lleváis una vida de escases i de miseria, oid: estoi cierto que no os dejaríais enseñar por la envidia contra los que imagináis poderosos, si hubiera fé en el fondo de vuestras almas;

(37) Jerem. C. 5. (38) S. Mat. C. 4. (39) Jerem. C. 7. v. 28.

(40) Ecles. C. 1. v. 27.

porque recordariais que el hijo de María, nacido en un establo, pasó una vida de trabajos i pobreza: ántes bien creo que iriais donde El para ser aliviados, obedientes a su misericordioso llamamiento: *venite ad me omnes qui laborabis et onerati estis et ego refitiam vos* (41). I vosotros, ignorantes, no os dejariais nunca alucinar hasta tomar parte en robos, incendios, asesinatos i calumnias, por que alumbrados por la luz de la fé, ningun sofisma alcanzaria a ocultaros la terminante claridad de estos preceptos: *no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio contra el prójimo.*

No quiero yo decir que, en un instante de extravío, no pueda el fiel cometer un pecado: Pedro negó a su divino Maestro; pero quien de veras cree, siente luego el remordimiento que lo empuja de nuevo al camino del bien. Yo apelo, Señores, al testimonio de vuestras propias conciencias. ¿No hai entre vosotros quienes hayan sentido alguna vez este saludable remordimiento? A ellos me dirijo: pues bien ¿cuando resolvisteis entregaros al crimen, no se había debilitado ya la fé en vuestro corazon, i no fué vuestro primer cuidado arrancar de allí las últimas reliquias de la vieja creencia? En los grandes peligros de la vida, cuando a vuestro despecho ha surgido la fé allá en vuestro interior ¿no se ha apoderado el espanto de vuestro espíritu, i vuestro rostro no se ha empalidecido con el recuerdo de vuestros crímenes? No habeis observado, en tales casos el semblante del fiel, cuán tranquilo e impávido se muestra? Sí, Señores, cuando hai fé en el alma, hai paz en el corazon: del mismo modo cuando hai fé en el seno de la sociedad, hai paz interior, hai orden i hai libertad.

Un autor cuya autoridad me atrevo a invocar (42) porque no será rechazada, ha dicho que la virtud es el fundamento de las Repúblicas; mas como

(41) S. Mat C. 11. v. 28. (42) Montesquieu, Espíritu de las leyes.

no puede haber virtud sin fé religiosa, se concluye que la fé es un elemento indispensable para la existencia de la República. En vano pues, en vano se buscará la dicha fuera de Sion, por que solo allí quiebra el Señor las flechas de nuestros enemigos, rompe sus escudos i extingue la guerra. Yo quiero sin embargo buscar en nuestra historia una confirmacion práctica de esta verdad.—Trescientos años pasó nuestra tierra en paz. Durante esa época se formó nuestra sociedad de varios i dispersos elementos; levantáronse estas ciudades que habitais; exploráronse por todas partes nuestras altas cordilleras; se arrancaron del seno de la tierra los gruesos capitales, que hoy se quisiera ver destruidos, i que hasta hoy forman la riqueza pública a pesar de las revueltas i de las espoliaciones; i avanzaron en fin las artes hasta un punto de que hoy hemos descendido. Durante esa época se edificaron i dotaron esos Hospicios, esos Colegios, esos Hospitales i demas establecimientos de beneficencia, opulentos entónces i arruinados hoy; entónces se fundaron esas obras pias, cuyos capitales se usurpan ahora para satisfacer las penurias de un erario empobrecido por el mal gobierno. En esos tres siglos no hubo libertad: la seguridad [vosotros lo decis constantemente] dependia de los caprichos de un Virei, de un Gobernador o de un alcalde de barrio; la igualdad había desaparecido ante los privilegios; la industria no daba un paso sin topar con un obstáculo cuasi insuperable. Decidme pues, si es evidente, como lo es en efecto, que en instituciones sociales hemos mejorado, cuanto va del despotismo a la República ¿de dónde viene la enorme diferencia que notamos en contra de estos tiempos i en favor de los antiguos? Ah! Señores, es que entónces habia lo que hoy no hai; se contaba con un elemento de bien estar que contrapesa i vence todos los elementos contrarios: habia fé en el corazon de nuestros padres, i sobre el fértil terreno de la fé se alzaba majestuo-

so el árbol de la esperanza, que regado por la dulce i encantadora caridad, producía la aromática flor de las virtudes i el fruto sazonado de la paz.

Entonces, es verdad, los majistrados no temían la opinion pública, porque el pueblo no usaba ni del derecho de opinar; el rei estaba mui remoto para inspirar temor a sus agentes; pero tambien entonces, esos majistrados se postraban humildes ante los sacerdotes del Señor, para alcanzar la absolucion de sus pecados; allí escuchaban, como todos los cristianos, los consejos evangélicos, i pasaban luego al templo a dar al pueblo ejemplos de edificacion i de piedad; esa aristocracia calificada de orgullosa, se acercaba fraternalmente con el pueblo i con los esclavos mismos a la mesa sagrada, donde el humilde sacerdote repartía a todos igualmente el *Pan de la caridad*. Así, Señores, bajo el despotismo político, i si se quiere bajo la tiranía, gracias a la fé, pudo formarse esa falange de nobles republicanos que nos dieron patria independiente i libre. Pero hoi que se ha dejado la fuente de la agua viva para cabar aljibes rotos que no pueden contener las aguas de la gracia [43]: ¿dónde están los reemplazos de tan preclaros varones? Hoi ¿quién puede impedir ni reprimir los abusos del majistrado, ni los desbordamientos de un pueblo enfurecido? Quién? ¿La opinion pública? Tal poder no existe en un pueblo que por trescientos años ha tenido en receso el derecho de pensar, i en quien se han infiltrado las ideas de un filosofismo corruptor. ¿Me direis que la lei, que el temor de la responsabilidad? ¡Ah! donde la lei i todos los poderes emanan del pueblo, ni la lei ni los majistrados tienen mas fuerza que la que el pueblo toma de la fé i del temor de Dios. ¿Le quitasteis la fé? Le quitasteis pues toda razon, todo freno; i cual indómito corcel os lleva consigo al hondo precipicio.

(43) Jerem. C. 2. v. 13.

¡Infelices los que debilitaron la fé de nuestros pueblos; pero mas infelices aun los que testigos hoy de las dolorosas consecuencias de la impiedad, prosiguen la obra de su propagacion! Estos disponen, para sus hijos i para sus nietos, escenas mil veces peores, mil veces mas horribles que las que estamos presenciando, salpicadas con la sangre de nuestros hermanos. Si en solo cuarenta años hemos llegado ya a tal extremo de barbarie, que hordas de bandidos recorren impunes, por cuatro años, las comarcas del Cauca, destruyéndolas feroces con el hierro i el fuego ¿cuál será la suerte que le esté reservada a vuestros nietos? ¡O vosotros que sembrais la zizania en esta tierra fértil, seguid matandoos mutuamente, i sirviendo unos contra otros de instrumentos a la venganza divina! *Vuestros hijos* morarán en pajizas cabañas arrimadas a los muros derruidos de estos hermosos edificios, i saldrán medio desnudos, como los hijos del oriente a implorar el socorro del viajero que la curiosidad científica obligue a visitar, entre zozobras, una tierra de bandidos. Tal vez, arruinados los arcos de este Santo Templo, perdidos entre el bosque, cubiertos de yedra, i habitados por las aves nocturnas, servirán un dia de abrigo al curioso viajero; i aquí, sin mas techo que el azulado firmamento, oyendo el grasnido de los buhos, el silvido del viento entre las ruinas, i el sordo ruido del frondoso ramaje de los árboles, se entregará a sérias reflexiones sobre los terribles efectos producidos por la impiedad. ¿Pensais que son estos delirios de mi imaginacion? ¡Pues qué! no está escrito de Jerusalem por Jeremias [44]: "reducida serás a montones de arena i albergue de dragones, i las ciudades de Judá entregaré a desolacion sin que quede allí morador? ¿Ambicionais, Señores, la suerte del Oriente?" ¿Consentireis, que esta nuestra tierra bella como una reliquia

(44) Jerem. C. 25.

del paraíso, i los escombros de esta ínclita ciudad se visiten dentro de poco como las ruinas de Palenque? ¡Ah! no: yo os lo pido por el bien vuestro, os lo ruego por la felicidad de vuestros hijos, os lo suplico por la prosperidad i dicha de nuestra querida patria: levantaos, venid, venid que abierta está la puerta de Sion i aquí habita el Dios de las misericordias. Es preciso que oprimido vuestro corazón con el peso de vuestras maldades se conturbe, se humille i desahogue, en fin, por un torrente de lágrimas. Pues que vuestro ejemplo ha extraviado los pueblos, satisfaced con la penitencia el escándalo de vuestra incredulidad antigua. Mas si vuestro corazón es ya incapaz de remordimientos, sin afecto a la familia, i sin amor a la Patria, perdeos vosotros solos, pero dejadnos en paz que encaminemos los restos del rebaño del Señor, i sobre todo, a esos pequeñitos, su parte mas preciosa, sin tener qué combatir a cada paso contra vosotros, evitar vuestros lazos i salvar vuestras zeladas. Os contarémos como sarmientos secos para el fuego eterno; la viña quedará estenuada, pero Dios la regará con el agua de su gracia i producirá renuevos que se carguen de frutos. Pero qué digo yo? No, Dios mio! Yo oigo vuestro amoroso clamor por el Profeta de las lamentaciones (45): "pueblo mio; pueblo: compadecido de tu mocedad i del amor de tu desposorio me he acordado de tí i te he visto desde el seno de mi gloria. Volveos a mí, oh! hijos de Israel i no apartaré mi rostro de vosotros, porque Santo soi yo i no me enojaré para siempre; empero reconoced vuestras maldades, porque contra el Señor vuestro Dios prevaricasteis i no escuchasteis mi voz. Volveos hijos que os retiraisteis, porque yo soi vuestro Padre, i tomaré de vosotros aun que sea dos de cada parentela, o uno de cada ciudad, i os introduciré en Sion, i os daré pastores

(45) Jerem. C. 2. v. 2. i C. 3. v. 12. hasta el 15. (18)

segun mi corazon, que os apacienten con ciencia i con doctrina". Sí mi Dios: vos sois grande, poderoso i bueno: enviad un rayo de vuestra gracia sobre estos infelices corderos, extraviados de vuestro Santo aprisco. Abrid los ojos de su alma como en otro tiempo los del Centurion que hirió vuestro costado. Que tengan fé en vos i sean felices con la República que han pervertido. Alumbradlos Señor, movedlos para que hagan frutos dignos de penitencia. Ellos han venido hoi a rendir con todos vuestros fieles su homenaje i accion de gracias, no los rechaseis. Mirad tambien, Dios mio, a este pueblo, que aun que no ha renegado de vuestra fé, se ha manchado con el delito; i pues amas a tus criaturas hasta el punto de perdonar a Nínive, con riesgo de desautorizar a vuestro Profeta, escuchad las plegarias i aceptad el sacrificio que hoi os dirijimos implorandoos el perdon. Yo sé que eres bueno i buscas pretextos para perdonarnos: nos abandonaste para castigarnos con la guerra, efecto de nuestros crímenes i trasgresiones; i ahora volviste tus ojos hácia nosotros como Padre amoroso, que inquiere la conducta de sus hijos, i los llama a sus brazos: he aquí, que tu mirada nos ha traído la paz, i ahora tú mismo, para ostentar mas tu misericordia, nos traes a este Santo recinto para edificarnos i movernos mutuamente, a fin de persuadirnos de que no hai paz verdadera, sino bajo el suave yugo de tu Santa lei, ni perdon sin penitencia. Nosotros, pues, te alabamos por tu justicia, te ensalsamos por la sabiduria de tus leyes, i te damos gracias por tu misericordia infinita, demostrada por tantos beneficios como has amontonado sobre nosotros, a pesar de nuestra iniquidad. Aceptadlas, Señor, no por nosotros, sino por la gloria de tu Santo nombre: *non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam* (46).

(46) Salmo 113.

Pero vosotros, hermanos míos, si vuestra gratitud es sincera, i quereis de veras la paz; en nombre de Dios yo os lo prevengo; no deis un paso fuera del Templo, sin deponer vuestros ódios i rencores. Sí, que una reconciliacion perfecta, i un abrazo fraternal, sea el fruto de la presente solemnidad, i que no quede en vuestros corazones otro sentimiento, que el de la justicia i la caridad.

I por lo que hace ¡oh Dios mio! a esta República, pueblo sencillo, redimido con la sangre preciosa de vuestro hijo, e introducido en vuestro rebaño, mediante el esfuerzo de tantos varones apostólicos, que atravesaron el oceano para venir a fijar aquí sobre la cima de nuestras cordilleras, en el corazon del continente Americano, el glorioso estandarte de la Cruz, yo os pido, que derrameis sobre él vuestra gracia eficaz, i le armeis con la fortaleza de la fé, para combatir la impiedad que lo devora, para vencerla i para fijar por siempre en nuestro suelo el tabernáculo de la paz. Recordad, Señor, la fé de nuestros padres, i restablecedla en nuestro tiempo. Permitid ¡oh Dios mio! que guiados por las máximas de la moral evangélica, acertemos a elejir siempre majistrados virtuosos amantes de la gloria de tu nombre, i capaces de dirijirnos por los senderos de la justicia; i que esta República sea grande i gloriosa, no tanto por el valor de sus hijos, acreditado en cien combates, como por la eminencia de sus virtudes i la rectitud de su conducta, para que todo ceda en honra i gloria vuestra, i en bien de las almas, que a todos deseo—
Amen.

